La Última Curva

Art. 40

16 de noviembre de 2025

El peso de lo que ignoramos, la indiferencia

Por David Landazabal – Vicepresidente de Stop Accidentes, víctima de siniestros viales y autor de *La Última Curva*

Hay sociedades que conviven con la muerte sin llegar a comprenderla.
No porque la acepten, sino porque la **normalizan**.
El mayor enemigo de la seguridad vial no es la imprudencia aislada, ni la fatalidad, ni el azar:
es la normalización del daño.
Ese proceso lento, cultural, silencioso, mediante el cual dejamos de ver como peligroso aquello que, objetivamente, puede destruir una vida en segundos.

Vivimos en un país donde un siniestro vial sigue describiéndose con la palabra más cómoda del diccionario: *accidente*.
Una palabra diseñada para eximir, para atontar, para relegar la responsabilidad al reino de lo inevitable.
Y mientras el lenguaje suaviza, la realidad se endurece.
Porque la semántica no salva vidas; la conciencia sí.

Cada año, en el Día Mundial en Recuerdo de las Víctimas de Siniestros Viales, hacemos algo profundamente contradictorio:
lloramos los efectos, pero seguimos ignorando las causas.
Encendemos velas mientras apagamos la reflexión.
Guardamos un minuto de silencio y después volvemos al mismo patrón de conducta que genera el ruido del que huimos.

No nos atrevemos a decirlo claro: **la mayoría de estos muertos son evitables; son la consecuencia directa de decisiones humanas permitidas socialmente.**

Decisiones pequeñas, repetidas, legitimadas desde la costumbre:
mirar un mensaje, conducir fatigado, justificar la prisa, asumir que “no pasa nada”.
La tragedia no empieza en la carretera; empieza mucho antes, en el error cotidiano que todos practicamos.
Si una sociedad tolera mil pequeños riesgos, no puede fingir sorpresa cuando uno de ellos se convierte en muerte.

El problema de fondo no es técnico, es filosófico.
No fallan los sistemas, fallamos nosotros:
Fallamos en la comprensión del valor de una vida ajena.
Fallamos en el reconocimiento de que nuestras acciones no se agotan en nosotros.
Fallamos porque confundimos libertad con impunidad, y confort con derecho.

La prevención no es un curso ni una campaña: es una ética.
Una ética simple, casi primitiva, basada en una idea esencial que parece que hemos olvidado:
mi vida tiene valor, la tuya también, y ninguna merece ponerse en riesgo por mi comodidad.

Pero, como sociedad, no nos gusta lo que implica asumir esto.
Implica renunciar al placer inmediato, a la prisa sin freno, a la distracción permanente, a la narrativa infantil de que todo se arregla con suerte.
Implica mirar la vida —la propia y la ajena— con responsabilidad adulta.
No estamos acostumbrados.

Por eso seguimos teniendo víctimas: porque no hemos construido aún una cultura que haga intolerable aquello que hoy consideramos “normal”.
Mientras la comodidad pese más que la ética, la estadística seguirá escribiendo nombres nuevos.

El verdadero homenaje a las víctimas no es el silencio, ni la lágrima, ni el acto institucional.
Es la incomodidad.
La incomodidad de revisar lo que hacemos, lo que toleramos y lo que permitimos.
La incomodidad de asumir que ninguna tecnología nos salvará de una cultura que no quiere salvarse a sí misma.
La incomodidad de aceptar que somos responsables de más vidas de las que creemos.

Si este día sirve para algo, que sea para esto: para dejar de aceptar como “normal” lo que nunca debería haberse normalizado. Para entender que la ética vial no es una opción, es un deber.
Y para recordar que ninguna sociedad que convive con la muerte evitable puede considerarse madura.

La indiferencia es el enemigo.
La conciencia, el único camino.

Todo lo demás —disculpas, excusas,…son ruido.